

ESCRITURAS DEL YO: ENTRE LA AUTOBIOGRAFÍA Y LA FICCIÓN

Brigitte E. Jirku & Begoña Pozo
Universitat de València

En un mundo donde gobierna la desorientación asistimos actualmente al nacimiento de un nuevo interés por la lectura y la escritura de la realidad desde una perspectiva personal. Desde los espacios íntimos, donde las fronteras de lo privado se diluyen y los ámbitos clausurados se agrietan sin remedio, surge la necesidad de construir “textimonios” (Blesa, 2000a) que permitan una circulación permanente y permeable –casi sin solución de continuidad (Blesa, 2000b)– entre los diversos territorios dentro y fuera de las topografías del texto. Si con el cambio de siglo el interés por la ficción parecía agotado, público, autor y lector parecen buscar ahora en determinadas propuestas literarias sentidos o verdades más estables que se alejen del permanente equilibrio o intemperie a los que, durante las últimas décadas, se ha visto abocado el concepto de “sujeto”. Ante esta transición resurgen con fuerza las escrituras biográficas y autobiográficas.

Como género literario la autobiografía no se establece en la tradición literaria occidental hasta finales del siglo XVIII, momento en que se distancia de sus contrapartidas religiosa y secular: el subgénero de las “confesiones” y la literatura memorialística. La vinculación del género con el final del siglo XVIII no es en manera alguna casual, puesto que implica no solo aquella “visión coherente del pasado” sino también la revelación de la verdad de un yo unificado y desarrollado, conceptos ambos propios de la época. La existencia de un yo individual que se revela a través de la narración del pasado se constituye, pues, en el fundamento epistemológico de la escritura autobiográfica.¹ Georg Misch –discípulo de Georges Gusdorf, sobresaliente hermeneuta y crítico de la autobiografía en la primera mitad del siglo XX– argumenta que el desarrollo de la Historia Occidental puede estudiarse a través de las vidas de personas representativas de cada momento. Esto supone que lo

¹ Unas definiciones similares se encuentran, por ejemplo, en la obra de Georges Gusdorf, Georg Misch y Philippe Lejeune.

narrado es verosímil, pero también, y sobre todo, verdadero y representativo. Según San Agustín –“¿Y de dónde saben, cuando me oyen hablar de mí mismo, que digo la verdad, siendo así que ‘nadie de los hombres sabe lo que pasa en el hombre, sino el espíritu del hombre, que vive en él?’” (San Agustín, 1932: 2, 62)– el “individuo sobresaliente” refleja una verdad común a todos con lo que se reformula la definición del sujeto universal. Así pues, la autobiografía tradicional –tal y como ha sido entendida– puede considerarse como la epifanía de un yo unificado y coherente, resultado de sus actos en el ámbito de lo público y ratificado por el discurso narrativo: este yo tiene el poder de controlar la vida pública y la privada.

La autobiografía tradicional es por definición un género masculino, burgués o aristocrático, propio de Centroeuropa o Norteamérica en el que un héroe, que gobierna el mundo, posee la habilidad de decir “yo”. Por el contrario, a ciertos colectivos que participaban de una alteridad marginada se les vetaba la posibilidad de producir un discurso autobiográfico coherente porque la fragmentación y la multiplicidad del yo, propios del discurso de tales grupos, planteaban irresolubles problemas de identificación. Pese a ello, las mujeres escribían sus autobiografías sin tratar de ocupar una posición narrativa autoritaria. Recurrieron desde el principio a subgéneros como las memorias, las confesiones religiosas, las cartas o los homenajes a sus maridos y amigos². En los años ochenta del pasado siglo los estudios de los textos autobiográficos escritos por mujeres postulaban que la escritura de la autobiografía femenina consistía en la búsqueda de una identidad basada en la elección de aquellos fragmentos de vida que, aunque no completamente integrados, supusieran una cierta coherencia. Las autoras empezaron a explorar diferentes estrategias narrativas a través de las cuales contar sus vidas.

Desde el momento en que las escritoras tienen que enfrentarse a ciertas verdades y ponerlas por escrito, el concepto de autobiografía femenina va adquiriendo forma. La mujer vacila entre una narración íntima y una narración objetiva, lo que significa, por un lado, su deseo de introspección; por otro, la aspiración a ser aceptada y, sobre todo, perdonada por los lectores. No tiene la audacia de servirse del discurso autobiográfico tradicional identificado con el sujeto masculino. Es más: al principio de sus textos la mujer hace referencia explícita a los criterios que rigen su discurso señalando, por ejemplo, las diferencias entre novela y autobiografía. A la hora de abordar el discurso de un yo autobiográfico se sirve de la retórica de la novela epistolar y de la confesión en lugar de recurrir al discurso autobiográfico existente. Esta multiplicidad de discursos, que caracteriza a los textos autobiográficos femeninos, es la

² Véase Jirku (1997, 2004).

encargada de poner de relieve la subjetividad de la mujer que, de momento, se manifiesta como una frágil identidad marcada por “a dichotomy between public passivity and private energy” (Meyer Spacks, 1976: 89). Es concretamente el aspecto “culpa/perdón” lo que, a juicio de Patricia Meyer Spacks o de Rita Felski, vincula la autobiografía femenina del siglo XVIII con la del siglo XX³. Felicity Nussbaum, por su parte, mantiene que “autobiographical texts, public and private, negotiate the contradictions of these philosophical and religious discourses of the self, to produce, revise, and subvert an individual self that partakes of the universal essence and transcends the distinctions based on class and gender” (Nussbaum, 1989: 57).

Sidonie Smith y Julia Watson son de la opinión de que las teorías sobre la autobiografía femenina han evolucionado en paralelo a las inflexiones de la crítica feminista: desde el interés por la recuperación y visibilización de las memorias escritas por mujeres durante los años setenta hasta el estudio de las especificidades de la autobiografía femenina respecto de las formas más canónicas del género⁴. A esta restrictiva definición de la “memoria autobiográfica” tanto la crítica postcolonial como la crítica feminista han opuesto el vínculo existente entre lo político y lo personal, que es lo que determina el carácter colectivo de la experiencia relatada desde un yo. Es decir, que un caso particular construye su individualidad como parte de un colectivo más amplio determinado por una identidad compleja y singular, a la vez que común y diversa⁵.

Tal como se definió en el canon literario, el género de la autobiografía presupone un individuo autónomo que se desarrolla plenamente en –y a través de– la sociedad. El autobiógrafo se escribe y se inscribe en la historia a través de su escritura: el acto de narrar convierte su vida en importante para su época y la declara representativa y modélica para la época misma. Según esta definición, el sujeto autónomo está en el centro de la narración y profesa la verdad y la autenticidad de los hechos. En la narración de estos hechos el sujeto no solo relata los acontecimientos más importantes de su vida, sino que los comenta desde el punto de vista de una reflexión e introspección que comparte con el lector.

³ Véase Felski, 1989: 105; Meyer Spacks, 1976: 132. Rita Felski dice sobre la confesión femenina. “[It] seeks to affirm a female experience which has often been repressed and rendered invisible by speaking about it, by writing it into existence” (1989: 112).

⁴ Para una revisión de la evolución de los estudios sobre la autobiografía femenina, véase Smith & Watson, 2008: iii-xii.

⁵ Para una reflexión sobre la identificación entre escritura de memorias femenina y la colectivización de la experiencia, véase –por ejemplo– Smith & Watson, 1992.

En los años setenta del pasado siglo, Philippe Lejeune reanima la discusión teórica con la propuesta del pacto autobiográfico. El lector se convierte en el eje central de la definición de la autobiografía: no es la escritura sino la lectura la que genera el significado de la autobiografía. Al contrario de otros tipos de textos, la autobiografía es auto-referencial. Como el texto histórico o el científico, el texto autobiográfico pretende relacionar una realidad que existe fuera del texto que es, en definitiva, la que lo “verifica”. Su objetivo no es la simple verosimilitud, antes bien alcanzar el mayor parecido con los “hechos reales”. Lo que cuenta es la representación de lo real y no el “efecto que causa”. El lector acepta el pacto autobiográfico y otorga al relato retrospectivo del narrador estatuto de verdad. Como demuestra Michael Modlinger en el artículo publicado en este volumen, las consecuencias del pacto explican, por ejemplo, el engaño de la autobiografía de Benjamin Wilkomirski. Por parte del autor, el pacto se basa en la identidad que se construye a partir de la amalgama entre autor, narrador y protagonista, mientras que el título del texto contribuye –como en *Las Confesiones* de Rousseau– a explicitar la intención de la escritura. El lector acepta desde el principio ambas propuestas.

No obstante, tras el pacto autobiográfico, Lejeune publicó varios estudios críticos en los que modificaba aspectos de su análisis original, su teoría no sufrió cambios sustanciales. La discusión teórica de Lejeune propició una nueva mirada crítica a las autobiografías que reavivó el interés por el género. Las relecturas de *Las Confesiones* de Jean Jacques Rousseau pasaron a ser un nuevo paradigma. Desde el punto de vista de la crítica actual, el pacto autobiográfico de Philippe Lejeune no supuso todavía la ruptura epistemológica que tendría lugar años después, pero sirvió para redirigir la discusión sobre la escritura autobiográfica, definir el género y diferenciarlo de la novela y de otros tipos de texto. Su análisis confiere a la recepción la función primordial: el lector es la instancia que decide si una narración es un texto referencial y no-ficcional en el momento en que acepta la identidad entre autor, narrador y protagonista. Con su estudio Lejeune dio paso a una visión más amplia de la autobiografía, pero se quedó corto ante los postulados del estructuralismo y postestructuralismo.

Lejeune, en cambio, sigue siendo una referencia en la discusión actual sobre el tema en cuestión, las críticas no se hicieron esperar. Desde la crítica socio-histórica y/o materialista se rechazó el pacto autobiográfico por su falta de perspectiva histórica⁶: como Lejeune entiende la autobiografía desde el punto de vista de la estética de la recepción, no tiene en cuenta el aspecto espacio-

⁶ Tal como argumenta Elisabeth Bruss no se puede hablar de un pacto autobiográfico entre un autor del siglo XVIII y un lector del siglo XX. Véase Bruss, 1976: 35-42.

temporal de la escritura. Por otro lado, el yo se escribe y reescribe: memoria y acto de narrar construyen una “verdad autobiográfica”, que es el punto en el que los escritos postestructuralistas centran su atención.

Esta reorientación epistemológica puede resumirse mediante la oposición: ficción/documentación. Esta distinción –que formaba parte de la definición tradicional de la autobiografía– ya no es válida para la redacción y el estudio de las escrituras del yo: ni se acepta que las categorías analíticas realidad y ficción se correspondan entre sí ni se postula la existencia de una verdad preexistente, fuera del texto, a la que el texto autobiográfico haga referencia. Sin embargo –como argumenta Almut Finck–, el significado o la importancia del discurso autobiográfico en sí no resulta menoscabado por el hecho de que estemos ante una ficción si aceptamos que el sujeto y la historia se construyen a través de la escritura. No se trata ya de definir el yo como dirigente del mundo, sino como elemento inestable y transitorio que se posiciona frente a los discursos de poder. Los elementos espaciotemporales, por su parte, adquieren una dimensión constitutiva dentro del discurso autobiográfico. La posición del sujeto es variable, y de ella depende la definición transitoria –en su limitación espaciotemporal– de una identidad que ha perdido su seguridad epistemológica y que está obligada a re-definirse continuamente mientras construye un espacio textual que hace emerger la memoria inscrita en el propio texto, lo que se manifiesta como espacio textual, surgiendo de la memoria inscrita en el texto.

El postestructuralismo rompió con el concepto de individuo como sujeto autónomo integrado en una sociedad. Esta ruptura conceptual supuso para la teoría literaria un cambio radical en la definición y el significado que otorgaba la autobiografía. Así mismo, muchas de las autobiografías o escrituras del yo contemporáneas comenzaron a cuestionar tanto la auto-referencialidad del género como la hipótesis de representar una experiencia “prototípica”. En el plano teórico, el llamado “linguistic turn” reabrió la discusión sobre la desaparición del sujeto y sus consecuencias en los textos autobiográficos. Ya no podía distinguirse entre texto de ficción y texto autobiográfico, y se hizo necesaria una reconsideración de la definición del género literario. Los teóricos comenzaron a subrayar su carácter híbrido: se trataba, pues, de un tipo de texto situado en algún lugar entre los hechos y la ficción, por lo que el filólogo americano Michael Springer decidió anunciar el “final de la autobiografía”.

En lugar de final, preferimos hablar de redefinición de la autobiografía. Citaremos a Jacques Derrida y Paul de Man que, con sus estudios sobre la escritura autobiográfica y la referencialidad del género, han marcado la transformación de su análisis. Para Derrida, la autobiografía es, como cualquier otro texto, el “síntoma de una estructura textual”: el texto no hace referencia a otros objetos independientes del texto sino a otros textos y a huellas de signos

autorreferenciales. Si el narrador reclama el derecho de “auto-representación” estaría a merced de la ilusión de la auto-referencialidad que pertenece al discurso filosófico de la verdad. En su ensayo “Demeure. Fiction et témoignage” –en el que interpreta la autobiografía de Maurice Blanchot *L’instant de la mort*– Derrida insiste en el proceso de “dissémination” del significado. Para Derrida la autobiografía constituye un sistema de huellas: lo narrado no transporta ninguna esencia individual, sino que se constituye temporalmente en el acto de la escritura y a través del lenguaje.

Siguiendo la misma concepción básica que Derrida, en su ensayo *Autobiography as De-facement*, Paul de Man propone la prosopopeya como figura retórica dominante: el intento de dar forma a lo que no tiene forma. La prosopopeya permite al autor crear una máscara y, al mismo tiempo, hacerla desaparecer posibilitando así una dialéctica del enmascaramiento (*facement*) y del des-enmascaramiento (*de-facement*). Ante este estado de cosas, la autobiografía deja de poseer un sistema de referencialidad y representación, pasando a convertirse en la ilusión de la referencialidad basada en la propia estructura lingüística del género. Según Paul de Man, la lectura del texto autobiográfico como lectura de ficción compite con la lectura como referencia y concluye que es imposible diferenciar entre ficción y autobiografía. Sin embargo, la oposición entre ficción y verdad no es relevante para el análisis de la autobiografía, porque la autobiografía no es un género sino una actitud receptora por parte del lector o bien una figura retórica que aparece en todos los textos. Por lo tanto tampoco nos aporta un conocimiento fiable de nosotros. Su sentido es precisamente la imposibilidad de que haya un significado, así como un sentido fijo y determinado. Paul de Man refuta, pues, la hipótesis de Lejeune basada en que el nombre propio y la firma del autor se refieren a objetos concretos externos. La autobiografía está presa entre el deseo de tener referencias externas, concretas o fiables y la imposibilidad de sustraerse a –o evadir– las estructuras lingüísticas. Ni el lector ni el autobiógrafo pueden tener una visión de conjunto sin que surjan nuevos significados y conocimientos. A la pregunta de qué es la verdad, Paul de Man contesta con Nietzsche: un ejército flexible de metáforas, metonimias y antropomorfismos.

El postestructuralismo y la posmodernidad han dirigido nuestras miradas tanto a la construcción del sujeto en el acto de escribir como al análisis de cómo las estructuras sociales y discursivas construyen y constituyen el sujeto. En pleno auge de la discusión postestructuralista en torno al canon literario y a la conciencia feminista, cada vez más escritores y escritoras toman la palabra y buscan su identidad a través de las escrituras del yo. En la medida en que se cuestiona la autobiografía tradicional, se inician las nuevas prácticas textuales que, en su búsqueda de formas inéditas de expresión, delimitan y

redefinen el género. Este es el caso de Nicole Brossard, cuyas escrituras del yo analiza Émilie Notard en el presente volumen. Así pues, la discusión sobre la definición del género y la práctica autobiográfica se alimentan mutuamente⁷.

En los últimos años los estudios se centran en el punto de vista de la escritura y del análisis del “topographical turn”: la dimensión espacial adquiere una importancia decisiva en la estructuración espacio-temporal de la organización del sujeto. La biografía se convierte en una narrativa que es un diálogo entre lo vivido y lo actuado. En este sentido ciertos acontecimientos históricos adquieren un papel referencial en la constitución del sujeto. Cualquier escritura del yo remite a ciertos contextos históricos precisos. La escritura ya no es el cuento retrospectivo y ordenado de un yo, sino que el acto de escribir es un acto de organización y de aclaración de la vida humana mediante estrategias narrativas lo que la convierte en un acto literario.

En el siglo XIX la autobiografía está bajo el auge del historicismo. La revolución industrial modifica las formas de organización social. Los padres intentan mantener a sus hijos y nietos bajo su influencia, sin embargo la vida moderna ya no se lo permite. El siglo XX, por su parte, ha producido una avalancha de textos autobiográficos de una nueva índole. Se trata de memorias y testimonios escritos por exiliados/as, emigrantes, refugiados/as, opositores, víctimas de las guerras y revoluciones, supervivientes de la represión de ciertos estados o grupos ideológicos que, obedeciendo a las leyes del mercado, cuentan su historia mediante un discurso victimista que articula su experiencia vital como ejemplo de todo un grupo oprimido. Esta praxis los convierte nuevamente en víctima, esta vez de un sistema receptor que los utiliza para construir su historia de opresión sobre un grupo determinado⁸.

Una característica común a todas las escrituras del yo del incipiente siglo XXI es la multiplicidad de voces y de perspectivas dentro del propio texto. Ya no existe un enfoque singular: la perspectiva del yo se complementa con otras voces, como las de los colectivos alrededor, de manera que lo que narran algunos protagonistas secundarios es tan importante como lo referido por los principales. Así mismo se crea un diálogo entre el ámbito subjetivo y el colectivo de la experiencia lo que contribuye a disolver las categorías de verdad y autenticidad como referentes a la hora de analizar y organizar la escritura. No obstante, estas categorías perseveran en un mundo sin transcendencia y sin referentes fijos. Más que nunca se manifiesta el deseo de encontrar una

⁷ Véase Bandau, 2004: 55.

⁸ Se podría considerar que la pervivencia de la “autobiografía tradicional” se manifiesta en las autobiografías de grandes políticos, de grandes artistas –en estos casos la autobiografía sirve más de una vez como programa electoral o como justificación de unas acciones, en el más amplio sentido de la confesión.

verdad, de descubrir “lo auténtico”: en este sentido cabe preguntarse si las escrituras del yo siguen siendo un referente para crear un orden y dar sentido a la vida. Otra cuestión es hasta qué punto se escriben y se leen estos textos como ejemplo de una experiencia colectiva que pone en evidencia y critica las jerarquías de poder y ciertas realidades sociales. La heterogeneidad y la pluralidad actual de las identidades, los cruces culturales, los exilios y las migraciones, los espacios intermedios o los desplazamientos entre el centro y la periferia dan paso a procesos de des-figuración (auto)biográfica que no sólo multiplican las posibilidades de sentido de los textos sino que además generan otros ámbitos textuales para la construcción y/o deconstrucción de los sujetos y su otredad. Dar un sentido coherente a la vida ya no es el objetivo primordial de la escritura del yo.

Las manifestaciones literarias en torno a la construcción de las identidades y de los sujetos alcanzan una de sus máximas cotas de expresión en los procesos textuales agrupados bajo la denominación de “escrituras del yo”. Epistolarios, memorias, diarios, confesiones, autobiografías, pero también los textos que impugnan los discursos del yo mediante ficciones autobiográficas, desfiguración, imposibilidad de nombrar o de escuchar, permiten investigar los principios que rigen el discurso y las estrategias de construcción del sujeto del discurso. El presente volumen es una contribución desde el punto de vista de diferentes épocas y tiempos, de varias culturas y de distintas lenguas. De alguna manera pone en entredicho que el gran auge de la autobiografía tuviera lugar en el siglo XVIII. Desde diferentes puntos de vista, los artículos del tomo analizan las muy diversas formas de autobiografía que ilustrarán y desarrollarán algunas de las ideas expuestas en nuestra introducción.

De hecho, la mayoría de las contribuciones que aquí aparecen se aproximan a lo que en otros estudios hemos recogido bajo el título de las “grietas de la memoria” (Pozo, 2000), poniendo de manifiesto hasta qué punto en la progresión de la configuración del género han tenido un espacio importante tanto el seguimiento de las estructuras canónicas como su revisión continua. En este sentido, en la mayor parte de los artículos surge la referencia constante al estudio clásico de Lejeune –así como a sus reelaboraciones– para, en un segundo momento, apoyarse en los presupuestos de teóricos posteriores que han descentrado el sentido de la construcción de identidad y han puesto en el centro del juego de la escritura –autobiográfica o no– el valor de la(s) máscara(s) y de las ficciones que se generan a partir de cualquier discurso literario. La pretendida (auto)referencialidad de la literatura de marcado carácter (auto)biográfico es analizada en discursos literarios de amplio espectro y, en las propuestas que aportamos, se evidencian los continuos conflictos dentro del género desde los primeros documentos memoriales en época medieval (J.V. Escartí), pasando

por reflexiones artísticas de la periferia (J. Hobus, E. Notard) hasta las nuevas estrategias puestas en marcha desde la red para dinamitar las bases del pacto autobiográfico (G. López Pampló). En medio de estos trabajos hallamos toda una serie de propuestas –que describen diversas tradiciones lingüísticas y culturales– que abordan la (re)creación conflictiva de la identidad a través de un sujeto literario en permanente (de)construcción, de modo que las fronteras –como apunta A. Saldaña en el artículo inicial que sirve de marco teórico– que marcan la posible distancia entre vida y escritura van a ser revisadas a partir de un proceso constante de textualización⁹. En este sentido, también nos recuerda Saldaña que la escritura ocupa el hueco existente entre vida y representación, dando lugar a modalizaciones culturales donde la identidad es una categoría “móvil, inestable, en construcción”. Ante esta perspectiva resulta complejo aproximarse a los discursos literarios como mecanismos de construcción identitaria estables, enmarcados dentro de un corsé genérico y canónico. De ahí que las referencias a las limitaciones de ciertas perspectivas teóricas sean recurrentes en los artículos del presente volumen. De este modo, una de las mayores dificultades que sigue apareciendo en los análisis de las diversas propuestas estéticas es, sin duda, el valor referencialista del pacto autobiográfico donde se postula la identificación de autor-narrador-personaje a partir de la asunción del estatus ficticio del sujeto. Por ello, algunos de los artículos se aproximan a otros conceptos como “drama de la autodefinition” (Eakin, 1991) o “discurso de autorrestauración” (De Man, 1978) o para detectar los mecanismos múltiples desde los que se intenta recorrer, en ocasiones a tientas, las trayectorias vitales o las huellas voluntariamente ocultadas por los/as escritores/as. En la casi obligada reformulación teórica, como también se pone de manifiesto en los diferentes textos del presente volumen, Lejeune acepta el abanico de sentidos que ha adquirido el término y, en consecuencia, la presencia de una mayor ambigüedad por lo que respecta a la posición del lector o a la ficción ilusoria del “pacto”. La modificación de estos aspectos supone un reconocimiento de los rasgos que articulan el texto autobiográfico como paradójico: “pretender ser a la vez un discurso verídico y una obra de arte” (Lejeune, 1994: 137).

En este espacio conflictivo propuesto por las diferentes concepciones de la escritura autobiográfica se sitúan muchas de las propuestas líricas y narrativas abordadas en los diversos artículos ya que las “escrituras del yo” analizadas se alejan de la definición mimética y temporal del género¹⁰ para articularse,

⁹ Véase Túa Blesa (1998).

¹⁰ G. Gusdorf, en su artículo “Condiciones y límite de la autobiografía” traducido al español y recogido en *Suplementos Anthropos*, considera la importancia de la dimensión temporal al señalar

en cambio, en y desde el límite, dando así lugar a esa sensación paradójica que será superada por el posicionamiento mismo de las obras que, de forma poco ingenua, evidencian su tendencia a colocarse en la frontera de la escritura autobiográfica. De hecho, en ocasiones, la problematización de los rasgos formales tradicionales del género aparece reflejada en el juego intertextual de las citas –como se apunta en el artículo de A. Calvo–; en el recurso a la fragmentariedad discursiva –como apuntan D. Escandell e I. Marcillas o A. Esteve– o en la aplicación de esquemas propios del género autobiográfico desde una perspectiva crítica, desdibujando la frontera entre lo lírico y lo narrativo –como se verá en las propuestas que abordan la escritura de Brossard, Nigro, Jovellanos o Piera.

Esta situación de conflicto afecta también a las convenciones establecidas en cuanto al contenido de una escritura autobiográfica: la vida individual. Como señalábamos anteriormente, la escritura desde el límite implica la revisión de las dicotomías tradicionales excluyentes; entre las que adquiere una importancia fundamental la oposición interno/externo, puesto que a partir de ella se generan otras como realidad/ficción o cultura/naturaleza. En muchas de las obras analizadas a lo largo de las páginas de este volumen, la sensación paradójica es provocada directamente por la convivencia permanente entre lo real y lo ficcional –uno de los casos más llamativos será la aproximación que hace Vicente González Martín a su *alter ego*, Vicente Gonzales Martin, dibujado por R. Nigro–; lo vital y lo filosófico –como es el caso de P. Giannone– o el pensamiento y la contemplación de la naturaleza –a partir de la modernidad incipiente de Jovellanos o del discurso de exiliados como S. Zweig, M. Rodoreda o J. Goytisolo. De este modo la relativización de los hechos y de los argumentos conduce a una dialéctica continua que se instaura en el límite de la realidad y de la escritura. La paradoja se disuelve en el límite mismo, siempre hipotético¹¹, donde se ensambla la realidad (o las sensaciones) con la ficción (o la escritura); por lo tanto, la conexión entre lo exterior-ficcional y lo interior-real se yergue como pilar sólido de una obras que se desplazan entre la confesión aparente y la intimidad velada.

De este modo, otro de los mecanismos esenciales que se analizan a lo largo de los textos que presentamos es el juego del ocultamiento. La estrategia discursiva se hace evidente en la selección de los motivos narrativos a los que se alude, puesto que la escritura remite al lector a pasajes de la vida personal

que el objetivo de una narración autobiográfica es la reconstrucción de la unidad de una vida a lo largo del tiempo (1991: 13); del mismo modo indica la importancia de la dimensión mimética al presentar la autobiografía como “el espejo de una vida” (1991: 14).

¹¹ J. Derrida, en su artículo “La différence”, modifica la visión del pensamiento occidental basada en “diferencias” para así postular la existencia de la “différance” como movimiento (1998: 47).

del *autor* pero siempre mediante el uso de filtros que traslucen la *realidad* y la muestran con estructura fragmentada. El gusto por la visión translúcida, donde los hechos y las cosas se conciben simultáneamente como ficticios y verdaderos, como experimentados y soñados, corresponde con poéticas o reflexiones matizadas en diversas entrevistas o en los mismos textos —en este caso es muy significativa la trayectoria de la prosa íntima de J. Piera— y que, en última instancia, ponen de manifiesto la imbricación de vida y escritura.

Como ponen en evidencia los diversos textos, el intento de diferenciar los aspectos estéticos de los vitales sería posible pero generaría un sistema inoperante desde el momento en que nos aproximamos a la realidad literaria, pues en ella brota la amenaza recurrente de la paradoja: en ella está todo y nada; en ella se cruzan —a modo de intersección— vida y lenguaje; en ella viajamos a través del hilo fronterizo, del límite entre la vida y el sueño, la realidad y la escritura. La interrelación de existencia y arte es tan sólida que la búsqueda de elementos autobiográficos se convierte en tarea secundaria. La vida discurre entre versos, entre líneas que han sido meditadas antes, en y después de su materialización. La creación y la reflexión sobre la creación nutren la contemplación de la vida, convirtiéndose en entidades convergentes y, en consecuencia, indisolubles. La sensación de continuidad entre el universo real y el literario es fruto del deseo del no-límite, es decir, de una concepción donde lo definitivo no existe y donde lo único que puede esperarse de la conciencia humana es la constatación de la existencia, es decir, de la memoria y, a fin de cuentas, de la vida misma. En el paso fronterizo e invisible de este deseo se instala un lenguaje cuya máxima responsabilidad es ser testigo emocionante. En más de una ocasión, como ya hemos indicado, el acercamiento a los “textimonios” —por seguir con la propuesta teórica de T. Blesa— se realizará a modo de mosaico vital incompleto, permitiendo que sean los destellos autobiográficos los que (re)construyan la imagen de la totalidad superponiendo así tiempos y espacios, es decir, fundiendo todos los límites —raro privilegio reservado a un discurso artístico como es el literario— y recordándonos, una vez más, que la construcción compleja de la identidad no admite, a estas alturas, discursos únicos, excluyentes, unidireccionales o centrados donde no tenga cabida la diferencia, la otredad, el descentramiento o el extrañamiento. Los territorios del sujeto hace tiempo que dejaron de ser remansos de paz para convertirse en espacios en permanente mutación y movimiento donde se habitan fronteras, huecos, vacíos, hendiduras, es decir, donde la geografía del yo pasa necesariamente por el alejamiento o el olvido. A este respecto son clarividentes las palabras recogidas en el diario de C. Pavese: “En el fondo, tú escribes para estar como muerto, para hablar desde fuera del tiempo, para convertirte en recuerdo para todos” (1980: 469). De

la misma manera, el camino de la memoria/identidad trazado en muchas de las obras mencionadas pretenderá no tanto ser fiel reflejo de unas vivencias, sino discurrir por la senda del desconocimiento o la desposesión para, con una vuelta de tuerca última, trascenderlo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bandau, A. (2004): *Strategien der Autorisierung*. Hildesheim: Olms.
- Blesa, T. (1998): *Logofagias. Los trazos del silencio*. Zaragoza: Universidad.
- Blesa, T. (2000a): "Textimoniar". *Mundo y literatura* 2: 75-91.
- Blesa, T. (2000b): "Circulaciones". In: Romera, J. y Gutiérrez, F. (eds.). *Poesía histórica y (auto)biográfica*. Madrid: Visor.
- Bruss, E. W. (1976): *Autobiographical Acts: The Changing Situation of a Literary Genre*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- de Man, P. (1979): "Autobiography as De-facement". *Modern Language Notes* 94.5: 919-930.
- Derrida, J. (1996): "*Demeure. Fiction et témoignage*". *Passions de la littérature*. Paris: Éditions Galilée.
- Derrida, J. (1998): *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- Eakin, J. P. (1991): "Autoinvención en la autobiografía". *Suplementos Anthropos* 29: 79-93.
- Gusdorf, G. (1980): "Conditions and Limits of Autobiography". In: Olney, J. (ed.). *Autobiography: Essays Theoretical and Critical*. Princeton: Princeton University Press, 28-48.
- Felski, R. (1989): *Beyond Feminist Aesthetics: Feminist Literature and Social Change*. Cambridge: Harvard University Press.
- Finck, Almut (1999): *Autobiographisches Schreiben nach dem Ende der Autobiographie*. Berlin: Erich Schmidt.
- Jirku, B. E. (1997): "El deseo de (sobre)vivir como mujer: el discurso autobiográfico femenino en el siglo XVIII". *Quaderns de Filologia. Estudis literaris* 3: 191-209.
- Jirku, B. E. (2004): "La construcción de una historia propia: Narrativas femeninas alemanas (1770-1815)". *Quaderns de Filologia. Estudis literaris* 7: 125-136.
- Las Confesiones de San Agustín* (1932) [versión española: P. Angel C. Vega]. 2 vols. Madrid: s.n.
- Lejeune, P. (1994 [1975]): *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymión.
- Meyer Spacks, P. (1976): *Imagining a Self: Autobiography and Novel in Eighteenth-Century England*. Cambridge: Harvard University Press.

- Misch, G. (1949-70): *Geschichte der Autobiographie*. 3. ed. Frankfurt/Main: Schulte-Bulmke, vol. 4.
- Müller, K. D. (1976): *Autobiographie und Roman*. Tübingen: Niemeyer.
- Nussbaum, F. A. (1989): *The Autobiographical Subject. Gender and Ideology in Eighteenth-Century England*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Pavese, Cesare (1980): *El oficio de vivir. El oficio de poeta*, 3.^a ed., trad. de E. Benítez, Barcelona, Bruguera.
- Pozo, B. (2000): “Las grietas de la memoria. Notas sobre la escritura autobiográfica de César Simón”. In: Romera, J. y Carbajo, F. (eds.). *Poesía histórica y autobiográfica*. Madrid: Visor.
- Smith, S. (1987): *A Poetics of Women's Autobiography*. Bloomington: Indiana University Press.
- Smith, S. & Watson, J. (1992): *De/Colonizing the Subject*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Smith, S. & Watson, J. (2008): *Women, Autobiography, Theory. A Reader*. Madison: The University of Wisconsin Press.